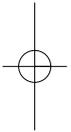


Ivan Doig

Una temporada para silbar

Traducción de Juan Tafur



Libros del Asteroide 



Primera edición, 2011
Título original: *The Whistling Season*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2006 by Ivan Doig

© de la traducción, Juan Tafur, 2011
© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U., 2011

Fotografía de cubierta: © D. CORSON /ClassicStock/Corbis

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

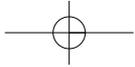
ISBN: 978-84-92663-42-2
Depósito legal: B. 15.504-2011
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

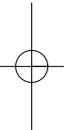
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para Ann y Marshall Nelson.

*Estuvieron en el comienzo
y todo el camino han sido de ley.*





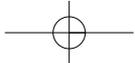
1

Cuando vuelvo a visitar los rincones de mi vida, las cosas más nimias me asaltan. El mantel de hule con cuadros blancos y molinos de viento azules, las manchas descoloridas en nuestros cuatro gastados lugares en la mesa. Ese café acre de papá, tan cargado que casi andaba, y que él bebía a sorbos después de la cena para dormir después, sereno como una esfinge. El fastidio inexcusable del viento que soplaba en Marias Coulee, silbando por una rendija, como si lo hubieran invitado a entrar.



Esa noche estábamos sentados a la mesa en nuestros sitios de siempre. Toby se afanaba en colorear una batalla de barcos piratas, yo hacía los deberes y Damon, en vez de hacer los suyos, estaba absorto en un misterioso juego inventado por él mismo: un solitario de dominó. El roce ocasional de una hoja del periódico presidía la cabecera de la mesa. Papá recorría con el dedo la columna de anuncios clasificados, casi siempre inútiles, de la *Westwater Gazette*, que nos llegaba cada semana en un saco de arpillera con el correo y las provisiones. Buscaba un par de formidables caballos de faena a bajo precio y se detenía aquí y allá en algún encabezado peculiar. Aun hoy recuerdo el regocijo que le causaron las líneas tipografiadas. Papá se reía a trompicones, como si fuera a estornudar, como si las cosas graciosas primero tuvieran que hacerle gracia a su nariz.

Levanté la vista de la lección de geografía y vi aproximarse el



10 IVAN DOIG

periódico hacia mí. Papá mantenía el pulgar contra el encabezado como un zahorí se aferra a su varita cuando encuentra agua.

—Échale un vistazo a esto, Paul. Léenoslo.

Lo leí, y Damon y Toby hicieron un alto en lo que andaban haciendo para asimilar aquellas cinco palabras. Eran tan simples como confusas:

NO COCINA, PERO NO MUERDE

En casa nunca estábamos de humor para bromear sobre la cocina. Sin embargo, papá nos miró de lo más complacido y me indicó que continuara leyendo.

Viuda se ofrece como ama de llaves. Buenas costumbres, disposición excepcional. Ninguna habilidad culinaria, pero un diez en las demás tareas del hogar. Sueldo negociable, pero debe incluir billete de tren hasta Montana; compromiso de un año de cuidados sin igual para su hogar. Se ruega responder a: Apartado 19, Oficina de Correos de Lowry Hill, Minneapolis, Minnesota.

Minneapolis estaba a mil quinientos kilómetros hacia el este, incluso fuera del alcance del entusiasmo que empezaba a desbordar a papá. Con todo, no perdió tiempo en poner a prueba nuestra reacción.

—¿Qué os parecería que alguien se ocupara de nuestra casa, chicos?

—¿Se va a encargar también de ordeñar las vacas? —preguntó Damon, siempre cauteloso.

Papá se detuvo un momento. Señalar qué tareas de la granja podían entenderse como una extensión lógica de las labores domésticas era el tipo de tema que le gustaba abordar.

—Qué listo eres, Damon. No veo por qué no podemos estipular que tiene que ocuparse de la mantequilla desde que sale de la vaca.

— ¿Dónde va a dormir? — preguntó Toby, entrando en materia. Papá estaba preparado para la pregunta.

— George y Rae tienen una habitación libre ahora que la maestra ya no vive con ellos.

El entusiasmo empezaba a desbocarse. De pronto, nuestros parientes que vivían en la granja de al lado ya estaban buscando un inquilino, cosa que ellos mismos desconocían, igual que nosotros habíamos ignorado hasta hacía dos minutos que necesitábamos un ama de llaves.

— Lowry Hill... — dijo papá volviéndose hacia el anuncio en negrita, como si hablara con él—. Si no me equivoco, es la flor y nata de Minneapolis.

Yo no quería hacerle ver lo obvio, pero era mi deber como hijo mayor.

— Ya estamos acostumbrados a tener la casa en desorden, papá. El problema es cocinar, tú mismo dices que no se lo desearías ni a tu peor enemigo.

Papá lo sabía. Todos lo sabíamos: lo había pillado.

Damon y Toby volvieron la cabeza para ver cómo pensaba salirse con la suya. En varios kilómetros a la redonda nuestra casa era objeto de febril consternación para toda mujer digna de llevar un delantal. Como familia éramos relativamente prósperos, pero todo el mundo comentaba que lo teníamos difícil. La prosperidad procedía de los pagos por la venta del negocio de acarreo que papá había tenido en Manitowoc, Wisconsin. Lo difícil, de una lápida que llevaba un año en el cementerio de Marias Coulee. «Florence Milliron, amada esposa y madre (1874-1908)», rezaba la inscripción, grabada tan hondo en nuestros corazones como en la piedra. Pese a que la extrañábamos en otros momentos, las comidas marcaban nuestro más bajo nivel de ánimo, por las cosas que papá ponía en la mesa tras mucho batallar.

— ¡Picadillo refrito, nuestro plato preferido! — podía anunciar sin ninguna esperanza al depositar ante nuestros ojos unas sobras de picadillo que iban camino de ser un estofado de sobras.

12 IVAN DOIG

Esa noche se entretuvo con un largo sorbo de su horrible café antes de contestar. Y no dio exactamente una respuesta:

—Así son los clasificados, Paul. Nada es blanco o negro. Siempre hay que regatear. Si fuera jugador, apostaría a que la señora Minneapolis no es tan tímida con los fogones.

—Pero... —Clavé el índice en las cinco palabras en negrita del encabezado.

—Estuvo casada —dijo papá, rebatiendo pacientemente la evidencia—, tiene que saber manejarse en la cocina.

—A lo mejor su marido murió de hambre —señalé con la sagacidad típica de los trece años.

—Caray. No hay mujer que no sepa cocinar. Paul, saca la pluma buena y una hoja de papel.



La vieja casa ahora está vacía pero nada se ha ido. Si algo he aprendido de una vida como superintendente escolar, es que la infancia perdura hasta siempre en el alma. Igual que la aguja de la brújula busca el norte, esa historia me arrastra hoy hasta estos cuartos poblados de recuerdos, como si la respuesta que debo encontrar para el final del día estuviera escrita en el polvo que los cubre.

Me detengo ante el calendario arrugado que cuelga de la pared de la clase. Por supuesto, está en la misma hoja que la última vez: 1952. Cinco años, que han pasado volando, desde que la junta escolar de Marias Coulee me pidió prestada la casa durante un mes mientras reparaban el techo de la casita del maestro y tuve que venir de mi piso en Helena para arreglar con ellos los detalles. Lo que me sorprende es que el mes coincida después de tantos años: era octubre en esa noche de 1909, la de «Paul, saca la pluma buena y una hoja de papel», y también cuando aquella maestra solitaria decidió colgar algo para aliviar las paredes desnudas. Es octubre ahora que vuelvo de visita, bajo este cielo que ha cambiado tanto la historia.

Pero no deberían extrañarme los ardidés del calendario. Esta mañana, mientras pasaba en el coche oficial por delante de la recién pintada escuela unitaria, nuestra escuela de una sola clase, me sorprendí otra vez en esa encrucijada del tiempo en la que Damon, Toby y yo, cada uno a su turno, empezamos a cobrar conciencia de que otros nos habían engendrado pero, al mismo tiempo, no éramos solo un refrito de nuestros mayores. ¿Cómo podía entender yo, que con trece años ya me arrastraba fuera de la cama de madrugada para huir de mis pesadillas, que era hijo de un hombre que dormía como un tronco? Y el buscabroncas de Damon, ¿cómo podía haber tenido una madre tan pacífica? Empezábamos a conocernos a nosotros mismos, a veces por vías tan escurridizas como el dedo lector de papá. De camino a la escuela o de vuelta a casa, en medio del ir y venir de las estaciones de la infancia, cualquier día podía convertirse en una nueva pieza del rompecabezas de la vida. Creo que sigue siendo así hoy.

Sobre todo fue a Toby al que vi esa mañana al pasar por la vieja escuela donde todos nos sentábamos juntos y cuyas ventanas daban al sol. Pese a los golpes de la vida, Damon y yo habríamos podido alcanzar nuestro destino en un lugar distinto a Marias Coulee, pero Toby, con sus grandes ojos de niño de las praderas, era de aquí desde el pelo hasta la médula. Esta tarde, cuando vaya a Great Falls y les comunique la orden a los directores, los maestros y las juntas escolares de los cincuenta y seis condados de Montana, todos suplicarán por sus propios Tobys, por esos niños que nacieron de esta tierra y de los temerarios valores de colonos como Oliver Milliron.